chazar un culto que hace salir del corazon voces tan tiernas, y que ha añadido, digámoslo asi, nuevas cuerdas al alma. ¿Se quiere aun otro ejemplo de este nuevo lenguage de las pasiones que el politeismo no conociera? Oigamos á Clementina; sus espresiones son quizás mas naturales, mas penetrantes, mas cándidas y sublimes que las de Julia.

«Consiento, señor, de todo mi corazon (con toda sinceridad como lo veis), en que aborrezcais, desprecies, y aun mireis con horror á la desventurada Clementina; mas por el interés de vuestra alma inmortal os exorto á que os agregueis á la verdadera iglesia, y os hagais catolico. ¿Y qué señor? ¿qué me respondeis? (siguiendo con su rostro encantador el mio, que aun tenia vuelto del otro lado, pues no me sentia con fuerzas para mirarla de frente.) Respondedme, señor, y decidme que consentís; siempre he creido que vos teniais un corazon tan leal como sensible; decidme que se rinde por fin á la verdad: no es ya en favor ni por ventaja mia que yo os solicito ni ruego, pues que consiento hasta en ser despreciada de vos. Ni menos quisiera se dijese que habiais cedido á las instancias de una muger: no; vuestra sola conciencia, señor, debe llevarse todo el lauro. No os recataré mis designios. Viviré y permaneceré en una paz profunda (aqui se levantó Clementina con ademan imponente de dignidad, que el espíritu de la religion parecia aumentar), y cuando el ángel de la muerte aparezca y me llame, yo le tenderé la mano. Acércate, le diré, ¡oh tú, ministro de paz! Yo te sigo hasta esas playas adonde ansio llegar; voy allí á retener un asiento para el hombre á quien no se le deseo sino lo mas tarde posible, pero á cuyo lado quiero estar eternamente sentada.»

ral. *Dios*, el *Todopoderoso*, ó el *Señor*, estaria mejor dicho que el *origen del Ser*, etc.

¡Ah! el cristianismo es sobre todo un bálsamo para nuestras heridas, cuando sublevadas súbitamente las pasiones en nuestro interior, comienzan á aquietarse ó con el infortunio, ó con la duracion. Mitiga el dolor; fortifica la resolucion vacilante y evita las recaidas, destruyendo en una alma apenas curada el peligroso poder de la memoria de lo pasado; él nos cerca de paz y de luz, y restablece en nosotros aquella armonía de cosas celestiales que Pitágoras oia en el silencio de sus pasiones. Como promete siempre una recompensa por un sacrificio, se cree no cederle nada, aunque todo se le ceda: como á cada paso ofrece á nuestros deseos un objeto mas bello, satisface la inconstancia natural de nuestros corazones: siempre estamos con él en los éstaxis de un amor inicial, y este amor tiene de inefable el que sus misterios son los de la inocencia y la pureza.

CAPITULO V.

Continuacion del mismo asunto.

HELOISA Y ABELARDO.

Desgracias comunes vuelven á Julia á la religion; permanece en el mundo, y obligada á ocultar una pasion que llega á ser criminal, se refugia en secreto al lado de Dios, segura de hallar en este indulgente padre una compasion que no la concederian los hombres: se complace en confesarse en el tribunal supremo, y se promete hallar en él la misericordia tal vez

(¡resto involuntario de flaqueza!), porque esto es lo mismo que hablar siempre de su amor.

Si tanto consuelo tenemos en referir nuestros trabajos á algun hombre superior, ó á alguna conciencia tranquila, que nos fortifica y hace participantes de la calma que ella disfruta; ¿qué delicia no será atreverse á hablar de pasiones al ser impasible, á quien no pueden turbar nuestras confidencias, y hablar de nuestra flaqueza á un ser omnipotente, que nos puede suministrar algunas de sus fuerzas? Bien se conciben los arrebatos de aquellos hombres santos, que retirados á lo mas alto de las montañas, ponian su vida en las manos de Dios, y á fuerza de amor penetraban las bóvedas de la eternidad, y llegaban hasta la contemplacion de la luz primitiva. Julia sin saberlo se acerca á su fin, y las sombras del sepulcro que empieza á descubrir, dejan brillar á su vista un rayo de la escelencia divina. La voz de esta moribunda muger es dulce y triste; porque es, digámoslo asi, el último ruido del viento que va á desamparar la selva, y los últimos murmullos de un mar que abandona sus riberas.

La voz de Heloisa tiene mas fuerza. Como esposa de Abelardo, vive, y vive para Dios. Sus desgracias han sido tan terribles como imprevistas. Precipitada desde el mundo en el desierto, entró de repente y con toda la vehemencia de la pasion en la frialdad de un monasterio. A un tiempo ejercen su imperio sobre su corazon la religion y el amor: esta es la naturaleza rebelde sorprendida en vida por la gracia, y que forcejea vanamente por sacudir las cadenas del cielo. Dad á Racine por intérprete á Heloisa, y la pintura de sus sufrimientos borrará mil veces la de la desgracia de Dido, por el efecto trágico, por el lugar de la escena, y porque el cristianismo imprime en los objetos en que mezcla su grandeza no sé qué cosa formidable.

Hélas! tels son les lieux oú, captive, enchaînée,
Je traîne dans le pleurs ma vie infortunée.
Cependant Abeilard, dans ce affreux séjour,
Mon cœur s'enivre encor du poison de l'amour.
Je n'y dois mes vertus qu'á ta funeste absence,
Et j'ai maudit cent fois ma pénible inocence.

. . . . . .

O funeste ascendant! ô joug impérieux!
Quels son donc mes devoirs, et qui suis-je en ces lieux?
Perfide! de quel nons veux-tu que l'on te nomme?
Toi, l'épouse d' un Dieu, tu brûles pour un homme!
Dieu cruel, prends pitié du trouble oú tu me vois,
A mes sens mutinés ose imposer tes lois.

. . . . . .

Le pourras-tu, grand Dieu, mon desespoir, mes larmes,
Contre un cher ennemi se demandent des armes:
Et cependant, livrée á de contraires vœux,
Je crains plus tes bienfaits que l'excés de mes feux.

Era imposible que la antigüedad nos suministrase una escena semejante, porque no tenia semejante religion. Podrá tomarse por heroina una vestal griega ó romana; pero jamás se representará aquel combate entre la carne y el espíritu, que forma enteramente lo maravilloso de la posicion de Heloisa, y pertenece al dogma y á la moral del cristianismo. Acordáos de que veis aqui reunida la mas fogosa de las pasiones, y una religion amenazadora, que jamás transige con los apetitos del cuerpo. Heloisa ama, Heloisa se abrasa; pero por una parte se levantan muros de hielo; por otra se apaga todo bajo los mármoles insensibles, y por otra esperan su ruina ó su triunfo llamas eternas, ó recompensas sin fin. No hay que esperar transaccion alguna; la criatura y el Criador no pueden habitar juntos en una misma alma. Dido solo pierde á un amante ingrato. Pero ¡ah! ¡enteramente diversos son los cuidados que ocupan á Heloisa! ¡tiene que elegir entre un Dios y un amante fiel, cuyas desgracias ha causado! No es-

pera poder dedicar secretamente en favor de Abelardo la menor parte de su corazon, porque el Dios de Sinaí, es un Dios celoso, y un Dios que quiere la preferencia en el amor; castiga hasta la sombra de un pensamiento, hasta los sueños que se dirigen á otro que no sea él.

Me tomo la licencia de notar aqui un error de Mr. Colardeau, porque proviene del espíritu de su siglo, y puede dar alguna luz en el asunto de que trato. Su carta de Heloisa tiene un carácter filosófico que no existe en el original de Pope. Despues del retazo que hemos citado, se hallan estos versos:

Chéres sœurs, de mes fers compagnes innocentes,
Sous ces portiques saints, colombes gemissantes,
Vous qui ne connoissez que ces *foibles* vertus
Que la religion donne.... et que je n'ai plus;
Vous qui, dans les *langueurs d' un esprit monastique*
Ignorez de l'amour l' empire tyrannique;
Vous enfin qui n'agant que Dieu seul pour cunant.
Aimez par *habitude*. et non par sentiment,
Que vos cœurs sont heureux, puisqu'ils son insensibles!
Tous vos jours sont sereins, toutes vos nuits paisibles;
Le cri des passions n'en trouble point le cours.
Ah! qu' Héloïse anvie et vos nuits et vos jours!

Estos versos, que por otra parte no carecen de naturalidad y dulzura, no se hallan en el autor inglés. Apenas se descubre alguna vislumbre de ellos en este pasage que traduzco aqui literalmente.

«¡Dichosa la vírgen sin mancilla que olvida al mundo, y á quien el mundo olvida! La eterna alegría de su alma le anuncia que todas sus oraciones son oidas por Dios, y todos sus votos cumplidos. El trabajo y el descanso ocupan sus dias igualmente. Su sueño fácil cede sin dificultad á los llantos y á las vigilias. Sus deseos son arreglados, sus gustos siempre los mismos, sus hechizos son sus lágrimas, y sus suspiros por el cielo. La gracia esparce alrededor de ella sus mas serenos rayos. Los ángeles la *infunden* (1) sin sentir los mas hermosos sueños. Para ella prepara el esposo el anillo nupcial; por ella entonan blancas vestales los cánticos del himeneo, y para ella florece la rosa de Eden, que jamás se marchita, y esparcen los serafines los perfumes de sus alas. Muere por último al son de las celestiales arpas, y desaparece entre las brillantes visiones de una eternidad.»

Todavía no hemos podido comprender como un poeta se ha engañado hasta el estremo de substituir á esta descripcion, una espresion tan trivial de las *languideces monásticas*. ¿Quién no conoce lo bello y dramático de esta oposicion, que Pope ha querido hacer entre los disgustos y amor de Heloisa, y la paz y tranquilidad de la vida religiosa? ¿quién no concibe cuan agradablemente reposa en esta transicion el alma agitada por las pasiones, y qué nuevo realce da despues á los movimientos de aquellas mismas pasiones renacientes? Si la filosofía es buena para alguna cosa, no lo es seguramente para pintar las turbaciones del corazon, pues se ha inventado directamente para aplacarlas. Filosofando Heloisa sobre las *débiles virtudes* de la religion, no habla segun la verdad, ni segun su siglo, ni segun el corazon de una muger, ni segun el amor. Solo se ve alli al poeta, y lo que aun es peor, la edad de los sofismas y de la declamacion.

Asi destruye el espíritu irreligioso la verdad, y desvirtua los movimientos de la naturaleza. Pope que alcanzó mejores tiempos, no cayó en la abominable falta de Mr. Colardeau. Conservaba la buena tradicion del siglo de Luis XIV, del cual no fué mas que una especie de prolongacion y reflejo el de la reina Ana. Vol-

(1) El inglés, Prompt.

vamos, pues, á las ideas religiosas, si queremos dar algun valor á las obras del ingenio. La religion es la verdadera filosofía de las bellas artes, porque no separa, como la sabiduría humana, la poesía de la moral, ni la ternura de la virtud.

En cuanto á lo demas, se podrian hacer otras muchas observaciones interesantes sobre Heloisa, con respecto de la casa solitaria, que es el lugar de la escena. Aquellos cláustros, aquellas bóvedas, aquellos sepulcros, y aquellas costumbres austeras en contraste con el amor, deben aumentar la fuerza y la melancolía. Una cosa es acabar prontamente la vida sobre una hoguera, como la reina de Cartago, y otra abrasarse con lentitud como Heloisa sobre el altar de la religion. Pero como quiera que en adelante hablaré frecuentemente de monasterios, me veo obligado á detenerme aqui, por evitar repeticiones.

CAPITULO VI.

Amor campestre.

EL CÍCLOPE Y GALATEA.

Tomamos por objeto de comparacion en los amores campestres de los antiguos el idilio del Cíclope y Galatea. Este poema es una de las obras maestras de Teócrito: la *Encantadora* es superior en cuanto al fuego de la pasion, pero es menos pastoril.

Sentado el Cíclope sobre una roca, á orillas del mar de Sicilia, canta asi sus pesares, tendiendo la vista por las olas (1).

(1) Teoc., idil. XI, V. 19 y sig.

«Hechicera Galatea, ¿por qué desdeñas los cuidados de un amante; tú, cuyo rostro es blanco como la leche prensada en mis canastos de juncos; tú, mas tierna que el cordero, mas atractiva que la becerrilla, y mas fresca que el racimo que aun no han reblandecido los calores del dia? Tú corres por estas riberas, cuando el sueño me domina, y huyes cuando el mismo dulce sueño me desampara: me temes como el corderillo al lobo encanecido por los años. No he cesado de adorarte desde el dia que te ví venir con mi madre á coger los delicados jacintos de la montaña: yo mismo te enseñaba el camino. Despues de aquel momento, y aun hoy mismo, me es imposible vivir sin tí. Y sin embargo, ¿atiendes á mi cuidado? En nombre de Júpiter te pregunto, ¿haces algun caso de mi pena....? Pero por horrible que yo sea, tengo mil ovejas, cuyas rellenas tetas ordeño con mi mano, y cuya leche bebo aun espumosa. En estío, en otoño y en invierno, vense siempre quesos en mi gruta, mis tarros siempre están llenos. Ningun cíclope ¡oh jóven vírgen! podria divertirte con el sonido de la flauta tan bien como yo. Ninguno sabria celebrar todos tus hechizos con tanto arte por la noche, durante las borrascas. Para tí crio once ciervas que están en dias de parir sus cervatillos. Tambien cuido cuatro ositos, robados á sus madres montaraces: ven, y poseerás todas estas riquezas. Deja que se estrelle el mar lócamente en sus playas; tus noches serán mas dichosas, si las pasas á mi lado en mi caverna. Alli susurran altos laureles y cipreses; la negra yedra y las parras cargadas de racimos, tapizan su profundidad oscura: muy cerca de ella corre un agua fresca, que mana de las nevadas cumbres del Etna blanquecino y de sus contornos cubiertos de sombríos bosques. ¡Qué! ¿preferirás aun los mares y sus innumerables ondas? Si mi erizado pecho ofende tu vista, yo tengo madera de encina y algunos restos

de fuego escondidos entre la ceniza; abrasa si quieres (que todo me será dulce si viene de tu mano), abrasa mi único ojo, este ojo que estimo mas que la misma vida..... ¡Ah! ¡qué no me haya dado mi madre remos ligeros para cortar las aguas así como al pez! ¡Ah! ¡cómo bajaria donde está mi Galatea! ¡Ah! ¡cómo besaria sus manos si no me concedia sus lábios! Si, yo te llevaria ó lirios blancos, ó tiernas adormideras con hojas de púrpura: los primeros crecen en el estío, y las otras en invierno, y así no te las podria ofrecer á un mismo tiempo.....»

Así aplicaba Polifemo á la herida de su corazon el inmortal bálsamo de las musas, aliviando con esto su vida mas dulcemente que con todo lo que se compra á peso de oro.

En este idilio respira la pasion. No podia hacer el poeta una eleccion de palabras mas delicadas y armoniosas. El dialecto dórico añade aun á estos versos un tono de sencillez, imposible de trasladar á nuestro idioma. Por medio del juego de una multitud de *Aes*, y de una pronunciacion larga y abierta, parece que se siente la calma de las pinturas de la naturaleza, y que uno oye el hablar sencillo de un pastor (1).

(1) Se puede observar que la primera vocal del alfabeto se halla en casi todas las palabras que pintan las escenas del campo, como *arado*, *vaca*, *caballo*, *labranza*, *valle*, *montaña*, *árbol*, *pasto*, *lacticinio*, etc., y en los adjetivos que acompañan comunmente á estos nombres, como *pesado*, *campestre*, *laborioso*, *agreste*, *deleitable*, etc. Esta observacion recae con igualdad sobre todos los idiomas conocidos. Habiendo sido la letra A la primera que se descubrió, como que es la primera emision natural de la voz, los hombres, pastores entonces, la emplearon en todas las palabras que componian el pequeño diccionario de su vida. La igualdad de sus costumbres y la poca variedad de sus ideas, sacadas necesariamente de las imágenes de los campos, debian recordar tambien continuamente los mismos sonidos en el lenguage. El sonido de la A conviene con la calma de un corazon campesino, y con la paz de los retratos rústicos. El acento de una alma apasionada, es agudo, silbador y precipitado: la A es para ella demasiado larga; se necesita una boca pastoril que pueda tomar el tiempo suficiente para pronunciarla con lentitud. Pero de todas maneras hace siempre buen efecto en las quejas y llantos amorosos, y en los sencillos *¡ay de mí!* de un cabrero. Por último, la naturaleza hace tambien oir en sus ruidos esta letra rural, y un oido atento la puede reconocer acentuada distintamente en los susurros de ciertos lugares sombríos, como en el del álamo y la yedra, en el ondeo trémulo del lago, en el principio ó final del balido de los rebaños, y por la noche en los aullidos del perro montés.

Nótese en seguida la naturalidad de las quejas del cíclope. Polifemo habla de corazon, y no piensa ni un solo momento en que sus suspiros son la imitacion de un poeta. ¿Con qué apasionada ingenuidad hace el desgraciado amante la pintura de su propia fealdad? Aun de aquel espantoso ojo, saca Teócrito un rasgo tierno; tan cierta es la observacion de Aristóteles, tan felizmente aplicada por Despreaux, quien tuvo ingenio á fuerza de tener razon:

> D'un pinceau délicat l'artifice agréable
> Du plus affreux objet fait un objet aimable.

Sabido es que los modernos, y los franceses con especialidad, han adelantado poco en el género pastoril (1). Sin embargo, nos parece que Bernardino

(1) La revolucion nos ha arrebatado un hombre que descubria un raro talento para la égloga: tal era Mr. Andrés Chenier (*a*). Hemos visto una pequeña coleccion de idilios suyos manuscritos, en que se hallan cosas dignas de un Teócri-

(*a*) Véase la nota P, al fin del tomo.

de Saint-Pierre ha sobrepujado á todos los bucólicos de Italia y Grecia. Su novela, ó por mejor decir su poema de *Pablo y Virginia*, es del corto número de aquellos libros que se hacen muy antiguos en pocos años; por lo cual nos atrevemos á citarle, sin temor de aventurar nuestro juicio.

CAPITULO VII.

Continuacion del precedente.

PABLO Y VIRGINIA (1).

Sentado el anciano en la montaña, refiere la historia de las dos familias desterradas. Cuenta las alegrías, los trabajos, los amores, y los cuidados de sus vidas.

«Pablo y Virginia no tenian relojes, ni almanaques, ni libros de cronología, de historia ni de filosofía. Los períodos de su vida se arreglaban por los de la naturaleza. Conocian las horas del dia por la sombra de los árboles; los estaciones por los tiempos en que les daban sus flores ó frutos, y los años por el número de sus cosechas. Estas dulces imágenes eran las mayo-

to. Esto indica la espresion de este desgraciado jóven sobre el cadalso. Decia dándose palmadas en la frente: *¡morir! y ¡aun me quedaba algo que hacer!* y era que la musa le revelaba su talento al tiempo de la muerte.

(1) Quizás fuera mas exacta la comparacion de *Dafnis y Clhe* con Pablo y Virginia; pero aquel romance es sobrado libre para que puede ser citado en una obra como esta. La novelita de *Pablo y Virginia* está bellamente traducida en castellano por el señor Alea, quien la publicó en 1797.

res delicias de sus conversaciones. «Ya es hora de comer, decia Virginia á la familia; porque las sombras de los plátanos están á sus pies. La noche se acerca, porque los tamarindos cierran las hojas.—«¿Cuando vendrás á vernos?» la preguntaban algunas amigas de la vecindad.—Para las cañas dulces:» respondia Virginia.—«Tu visita, replicaban aquellas jóvenes, nos será aun mucho mas dulce y agradable.» Cuando le preguntaban su edad y la de Pablo, respondia: «Mi hermano tiene la edad del coco grande de la fuente, y yo la del mas pequeño. Los mangleros han dado doce veces sus frutos, y los naranjos han florecido veinte y cuatro veces desde que estoy en el mundo.» De modo que su vida parecia identificada con la de los árboles, como la de los faunos y driadas. No conocian mas épocas históricas que las de la vida de sus madres, ni otra cronología que la de sus vergeles, ni mas filosofía que la de hacer bien á todo el mundo, y resignarse á la voluntad de Dios. . . . . .

. . . . . Algunas veces, estando solo con ella, decia Pablo á Virginia al volver de sus trabajos: «Cuando estoy cansado, tu vista me da aliento; cuando desde lo alto de la montaña te diviso en lo hondo de este valle, me pareces en medio de nuestros jardines un pimpollo..... Aunque te pierdas de vista entre los árboles, no tengo necesidad de verte para volver á hallarte; queda para mí, ya en el aire que cortas, y ya en la yerba que pisas, una cierta cosa tuya que no puedo esplicar. . . . . .

. . . . . Dime, pues, ¿con qué hechizo me has encantado? ¿ha sido con tu entendimiento? Nuestras madres tienen mas que nosotros dos. ¿Ha sido con tus caricias? Pero tambien me abrazan con mas frecuencia que tú. Yo creo que ha sido por tu bondad. . . . . .

Mira, querida amiga, toma esta florida rama de limo-

nero que he cortado en la selva. Ponla de noche cerca de tu cama: come este panal de miel, que he cogido para tí en lo alto de un peñasco; pero reposa antes sobre mi seno, y yo descansaré.»

Virginia le respondia: «¡Oh, hermano mio! menos alegría me causan por la mañana los rayos del sol en lo alto de esas peñas, que tu presencia. . . . . Me preguntas, por qué me amas. Todo lo que se ha criado junto se ama. ¿Ves como nuestros pájaros criados en unos mismos nidos, se aman como nosotros, y siempre como nosotros están juntos? Escucha, repara como se llaman unos á otros y se corresponden desde un árbol á otro. De la misma suerte, cuando el eco me hace oir los tonos que cantas con tu flauta, yo repito las palabras en el fondo de este valle..... Ruego todos los dias á Dios por mi madre, por la tuya, por tí, por nuestros pobres criados; pero cuando pronuncio tu nombre, me parece que se aumenta mi devocion. ¡Con cuántas instancias pido á Dios que no te suceda ningun mal! ¿Por qué vas tan lejos y tan alto á buscar flores y frutas para mí? ¿Acaso no tenemos bastantes en nuestro huerto? ¡Qué cansado te hallas! ¡estás bañado en sudor!» Y con su pañuelito blanco le enjugaba la frente y las megillas, y le daba mil besos.

Lo que nos importa examinar en esta pintura, no es la razon de que sea superior al idilio de Galatea (superioridad muy evidente, que ninguno podrá dejar de conocer), sino el cómo debe su escelencia á la religion y cuan eminentemente es cristiana esta pintura.

Es muy cierto que todo el encanto de *Pablo* y *Virginia* consiste en una cierta moral melancólica, que se halla refundida en esta obrita, y que se podria comparar á aquel resplandor uniforme y siempre igual que esparce la luna en una soledad adornada de flores.

Ora bien, cualquiera que haya meditado los Evangelios, convendrá en que sus divinos preceptos tienen precisamente el mismo carácter tierno y triste. Bernardino de Saint-Pierre, que en sus *Estudios de la naturaleza* procuró justificar los designios y probar la belleza de la religion, fortificó su ingenio con la lectura de los libros santos. Si su égloga nos agrada tanto, es porque representa dos cortas familias cristianas desterradas viviendo en la presencia del Señor, y contemplando, ya sus palabras en la Biblia, ya sus obras en el desierto. Añadid á esto la indigencia y esos infortunios del alma, de que la religion es el único remedio, y tendreis todo el asunto del poema. Los personages son tan sencillos como el plan, pues son dos hemosos niños, cuya cuna y sepulcro se ven juntos, dos fieles esclavos y dos almas piadosas. Estas buenas gentes tienen un historiador muy digno de su vida; un anciano que ha quedado solo en la montaña, y sobrevivido á cuanto amaba, cuenta á un viagero las desgracias de sus amigos sobre las ruinas de sus cabañas.

Añadamos, que estas bucólicas australes están llenas de recuerdos de las Escrituras. Allí está Ruth, allí Séfora, aquí el Eden y nuestros primeros padres. Aquellos sagrados recuerdos reproducen, digámoslo así, las costumbres del cuadro, mezclando las del primitivo Oriente. La misa, las oraciones, los sacramentos, las ceremonias de la iglesia, que recuerda el autor á cada paso, aumentan las bellezas religiosas de su obra. El sueño de Mad. de Latour ¿no está esencialmente ligado á lo que tienen de mas magnífico y tierno nuestros dogmas? Ademas, se reconoce al cristiano en aquellos preceptos de resignacion á la voluntad de Dios, de obediencia á los padres, de caridad para con los pobres, de exactitud en las obligaciones de la religion, y en una palabra, en toda aquella dulce teolo-

gía que respira el poema de Bernardino de Saint-Pierre. Aun hay mas: la religion sola termina en efecto la catástrofe, porque Virginia muere por conservar una de las primeras y mas recomendables virtudes del cristianismo. Hubiera sido un absurdo haber hecho morir á una griega, por no haberse querido desnudar de sus vestidos. Pero la amante de Pablo es una virgen *cristiana*, y el desenlace, que seria ridículo bajo de una creencia menos pura, es aquí sublime.

En fin, esta pastoral no se parece ni á los idilios de Teócrito, ni á las églogas de Virgilio, ni en manera alguna á las grandes escenas rústicas de Hesiodo, de Homero, ó de la Biblia, sino que recuerda una cierta cosa de inefable, como la parábola del *buen Pastor*, y se conoce que solo un cristiano pudo cantar y hacer sentir los evangélicos amores de Pablo y Virginia.

Se objetará tal vez, que su talento para pintar la naturaleza y no el hechizo de los libros sagrados, es lo que dá á Bernardino de Saint-Pierre la superioridad sobre Teócrito. Pero á eso responderé, que aun debe al cristianismo ese mismo talento, ó á lo menos el desarrollo de él; porque esta religion, desterrando las pequeñas divinidades de los bosques y de las aguas, ha permitido pintar los desiertos segun su magestad primitiva. Procuraré probar esto cuando trate de la mitología; ahora vamos á nuestro exámen de las pasiones.

CAPITULO VIII.

La religion cristiana, considerada en sí como pasion.

No contenta la religion cristiana con aumentar el juego de las pasiones en el drama y en la epopeya, es ella misma una especie de pasion, que tiene su éstasis, sus lágrimas y sus suspiros, sus alegrías, sus amores del mundo y del desierto. No ignoro que el siglo llama á todo esto *fanatismo*; pero podria responderle con estas palabras de Mr. Rousseau: «El fanatismo, aunque *sanguinario y cruel* (1), es sin embargo una grande y fuerte pasion, que eleva el corazon del hombre y le hace despreciar la muerte; le da un resorte prodigioso, del cual puede sacar las virtudes mas sublimes con solo manejarle bien; al paso que la *irreligion*, y en general el espíritu *raciocinador y filosófico* liga á la vida, afemina y envilece las almas, reconcentra todas las pasiones en la bajeza del interés particular, y en la abyeccion del egoismo humano, y mina sordamente los verdaderos intereses de toda la sociedad, porque es tan poco lo que tienen de comun entre sí los particulares, que jamás podrá equilibrar lo que tiene de contrario y opuesto (2).»

Mas no es este todavía el estado de la cuestion; ahora solo se trata de los afectos dramáticos. Ora bien: el cristianismo, considerado en sí mismo como pasion, suministra tesoros inmensos al poeta. Esta pasion re-

(1) ¿Eslo menos la *filosofía?*
(2) Nota del Emilio, tom. 3, pág. 193, lib. 4.